

**ESTUDIO PARA LA ELABORACIÓN DE ESTRATEGIAS Y ACCIONES DE
FORTALECIMIENTO PARA EL POSICIONAMIENTO DE LA CASA MUSEO
HORACIO QUIROGA COMO REFERENCIA CULTURAL,
SOCIOECOLÓGICA Y EDUCATIVA DE LA PROVINCIA DE MISIONES**

EX2022-00091690- -CFI-GES#DCS

2023

PROVINCIA DE MISIONES

CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

ANEXO 11: Biografía de Horacio Quiroga

Ing. Agr. Víctor Hugo Becerra

Anexo 11

Biografía de Horacio Quiroga.

Infancia

Horacio Silvestre Quiroga Forteza nació el 31 de diciembre de 1878, en la ciudad Salto, Uruguay, en el noroeste del país, sobre el río Uruguay. Fue el cuarto hijo del matrimonio de Prudencio Quiroga y Pastora Forteza. Por parte paterna descendía del caudillo riojano Facundo Quiroga. Su padre falleció cuando él contaba con tan solo dos meses. Tras una jornada de caza, al bajar de una embarcación se le disparó accidentalmente la escopeta. En 1891, Pastora Forteza se casó con Mario Barcos, quien fue el padrastro de Quiroga. El mismo, cinco años más tarde, sufrió un derrame cerebral que lo dejó semiparalizado y mudo. Se suicidó disparándose en la boca con una escopeta manejada con el pie justo cuando Quiroga, de 18 años, entraba en la habitación.

Formación

Realizó sus estudios en Montevideo, Uruguay, hasta terminar el colegio secundario. Estos estudios incluyeron formación técnica, en el Instituto Politécnico de Montevideo, y general, en el Colegio Nacional. Desde muy joven demostró interés por la literatura, la química, la fotografía, la mecánica, el ciclismo y la vida de campo. A esa temprana edad fundó la *Sociedad de Ciclismo de Salto* y viajó en bicicleta desde Salto hasta Paysandú (120 km). En esa época pasaba larguísimas horas en un taller de reparación de maquinarias y herramientas. Por influencia del hijo del dueño empezó a interesarse por la filosofía. Se autodefinía como “*franco y vehemente soldado del materialismo filosófico*”. Simultáneamente trabajaba, estudiaba y colaboraba con las publicaciones *La Revista* y *La Reforma*. Aún se conserva su primer cuaderno de poesías, que contiene veintidós poemas de distintos estilos, escritos entre 1894 y 1897.

Primer enamoramiento

Durante el carnaval de 1898, conoció a su primer amor, María Esther Jurkowski, quien le inspiraría dos de sus obras más importantes: *Las sacrificadas* (1920) y *Una estación de amor* (1917). Pero los desencuentros provocados por los padres de la joven —que reprobaban la relación debido al origen no judío de Quiroga— los llevó a separarse.

Viaje a París

En 1899, fundó junto a colegas y amigos intelectuales la *Revista de Salto*. Después del suicidio de su padrastro, decidió invertir la herencia recibida en un viaje a París. Estuvo —contando el tiempo de viaje— cuatro meses ausente. Sin embargo, las cosas no salieron como había planeado: el mismo joven que había partido de Montevideo en primera clase regresó en tercera, andrajoso,

hambriento y con una barba negra a la cual ya nunca más renunciaría. Resumió sus recuerdos de esta experiencia en *Diario de un viaje a París* (1900).

Consistorio del Gay Saber

Al volver a su país natal, Quiroga se reunió con el grupo de escritores e intelectuales oriundos de Salto con quienes había fundado la *Revista* homónima, con el fin de crear un cenáculo literario en la ciudad de Montevideo. Entre ellos se encontraban Julio J. Jaureche, con quien convivía en una casa de pensión. El primo de éste, el escritor Federico Ferrando, quien fuese uno de los mejores amigos de Quiroga; Alberto J. Brignole, escritor y amigo de la adolescencia del mismo que vivía cerca de la pensión junto al escritor y periodista Asdrúbal Eugenio Delgado; y José María Fernández Saldaña, pariente y amigo de Horacio. Junto a ellos fundó el *Consistorio del Gay Saber*, una especie de laboratorio literario experimental donde probarían nuevas formas de expresarse y preconizarían los objetivos modernistas de la generación del '900. Pese a su corta existencia, desde 1900 hasta 1902, el *Consistorio* presidió la vida literaria de Montevideo, disputando su lugar con la *Torre de los Panoramas*, cenáculo liado por el poeta y ensayista uruguayo Julio Herrera y Reissing, con quien se desatarían numerosas polémicas. Ambos lugares eran el centro de reunión de escritores y pensadores uruguayos de principios del siglo XX.

La presencia de la muerte

La alegría que le provocó la aparición de su primer libro, *Los arrecifes de coral* (1901), se vio opacada por la muerte de dos de sus hermanos, Prudencio y Pastora, víctimas de la fiebre tifoidea en el Chaco. Al año siguiente, su amigo Federico Ferrando al haber recibido malas críticas del periodista Germán Papini Zas, integrante de la *Torre de los Panoramas*, comunicó a Quiroga que deseaba batirse en duelo con quien lo había difamado. Horacio, preocupado por la seguridad de Ferrando, se ofreció a revisar y limpiar el revólver que iba a ser utilizado en la disputa. Mientras inspeccionaba el arma, se le escapó un disparo que impactó en la boca de Federico, matándolo instantáneamente. Llegada al lugar la policía, Quiroga fue detenido, sometido a interrogatorio y posteriormente trasladado a una cárcel correccional. Al comprobarse la naturaleza accidental del homicidio, el escritor fue liberado tras cuatro días de reclusión. La culpa por la muerte de su compañero literario llevó a Quiroga a disolver el *Consistorio* y a abandonar el Uruguay para pasar a la Argentina. Cruzó el Río de la Plata en 1902 y fue a vivir con María, su hermana mayor, quien lo había criado en su infancia. En Buenos Aires, su cuñado lo inició en la pedagogía y le consiguió trabajo como maestro en las mesas de examen del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Misiones y Chaco

Ya designado como profesor de castellano en el Colegio Británico de Buenos Aires en 1903, en junio de ese mismo año y ya convertido en un fotógrafo experto, Quiroga quiso acompañar a Leopoldo Lugones en una expedición a Misiones, financiada por el Ministerio de Educación, en la que Lugones planeaba investigar unas ruinas de las misiones jesuíticas en esa provincia. La excelencia de Quiroga como fotógrafo hizo que Lugones aceptara llevarlo, y el uruguayo pudo documentar en imágenes el descubrimiento de la selva.

Frente a la fascinación por la jungla, decide instalarse en Chaco, debido a la influencia de don Emilio Urtisberea, otro hombre en quien Quiroga encontraba una figura paterna como en Lugones. Éste le describe las maravillas del cultivo de algodón. Es por eso que se radica como colono en marzo, planta algodón, empresa que fracasará y cerrará en octubre de 1905. Chaco, léase chasco (Quiroga, *El monte negro*, 1927), escribe en uno de sus cuentos.

Durante este tiempo, vive en un galpón y empieza a construir un rancho, levanta un palmar e inventa un carro, aunque inviable como transporte. Sus talentos y curiosidades adolescentes encuentran cauce. El proyecto fracasa económicamente, pero encuentra en ese modo de vida una fuente de salud y bienestar. El Chaco, como más tarde Misiones, fue la oportunidad para Quiroga de partir de cero, de crear un mundo completo y ordenado a su medida, hecho por su propia mano, cuyo único e indisputado creador fuera él.

Reconocimiento como escritor

Al regresar a Buenos Aires de la expedición con Lugones, Quiroga abrazó la narración breve. Fue así como en 1904 publicó el libro de relatos *El crimen de otro*, fuertemente influido por el estilo de Edgar Allan Poe, que fue reconocido y elogiado, entre otros, por José Enrique Rodó. Estas primeras comparaciones con el "*Maestro de Boston*", no molestaban a Quiroga, que las escucharía con complacencia hasta el fin de su vida y respondería a menudo que Poe era su primer y principal maestro.

Durante dos años trabajó en varios cuentos, entre ellos de terror rural e historias para niños, pobladas de animales que hablan y piensan sin perder las características naturales de su especie. A esta época pertenecen la novela breve *Los perseguidos* —producto del viaje con Leopoldo Lugones por la selva misionera hasta la frontera con Brasil— y *El almohadón de pluma*, publicado en la revista argentina *Caras y Caretas* en 1905, que llegó a publicar ocho cuentos de Quiroga al año. A poco de comenzar a publicar en ella, el autor se convirtió

en un colaborador famoso y prestigioso, cuyos escritos eran buscados por miles de lectores.

Mudanza a Misiones

A fines de 1906 Quiroga decidió volver a su amada selva. Aprovechando las facilidades que el gobierno ofrecía para la explotación de las tierras y en sociedad con su amigo uruguayo Vicente Gozalbo, compró una chacra de 185 hectáreas en la provincia de Misiones, sobre la orilla del Alto Paraná, y comenzó a hacer los preparativos destinados a vivir allí, mientras enseñaba Castellano y Literatura en la Escuela Normal N° 8 de Buenos Aires.

Durante las vacaciones de 1908, el literato se trasladó a su nueva propiedad, construyó las primeras instalaciones y comenzó a edificar el bungalow donde se establecería. Enamorado de una de sus alumnas —la adolescente Ana María Cires—le dedicó su primera novela, *Historia de un amor turbio*. Quiroga insistió en la relación frente a la oposición de los padres de la alumna y por fin obtuvo el permiso para casarse y llevarla a vivir con él. Los suegros de Quiroga, preocupados por los riesgos de la vida salvaje, siguieron al matrimonio y se trasladaron a Misiones con su hija y yerno. Así pues, el padre de Ana María, su madre y una amiga de ésta se instalaron en una casa cercana a la vivienda del matrimonio Quiroga.

Un año después, en 1911, Ana María dio a luz a su primera hija, Eglé Quiroga, en su casa en la selva. El nombre fue elegido en homenaje a Dostoievski. Durante ese mismo año, el escritor comenzó la explotación de sus yerbatales y fue nombrado Juez de Paz en el Registro Civil de San Ignacio. Además, fue cultivador de naranjas, hacedor de muebles, constructor de su propia embarcación y su casa de madera. Encontraba en esa tierra el lugar en el que quería vivir y contar lo que veía.

Al año siguiente nació su hijo menor, Darío. En cuanto los niños aprendieron a caminar, Quiroga decidió ocuparse personalmente de su educación. Desde muy pequeños, los acostumbó al monte y a la selva, exponiéndolos a menudo al peligro, para que fueran capaces de desenvolverse solos y de salir de cualquier situación. Fue capaz de dejarlos solos en la jungla por la noche o de obligarlos a sentarse al borde de un alto acantilado con las piernas colgando en el vacío. El varón y la niña, sin embargo, no se negaban a estas experiencias —que aterrorizaban y exasperaban a su madre—, sino que las disfrutaban. La hija aprendió a criar animales silvestres y el niño a usar la escopeta, manejar una moto y navegar solo en una canoa.

Regreso a Buenos Aires

En 1915, y a la edad de 25 años, Ana María Cires se suicida ingiriendo un sublimado empleado en el revelado fotográfico, que le provoca una agonía de ocho días en que es atendida por Horacio. La difícil relación con la selva y su

marido la llevan a esta decisión. Muy afectado, el escritor apenas volvería a mencionar a su primera esposa. Tras el suicidio de su joven cónyuge, Quiroga se trasladó con sus hijos a Buenos Aires, donde recibe un cargo de Secretario Contador en el Consulado General uruguayo en esa ciudad.

A lo largo del año 1917 habitó con los niños en un sótano de la avenida Canning 162, alternando sus labores diplomáticas con la instalación de un taller en su vivienda y la construcción de una canoa a la que bautizó —tal vez por influencia de Chejov- *La Gaviota*. Trabajó en muchos relatos, que iban siendo publicados en prestigiosas revistas como las ya mencionadas, *P.B.T.* y *Pulgarcito*. La mayoría de ellos fueron recopilados por Quiroga en varios libros, el primero de los cuales fue *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917). La redacción del libro le había sido solicitada por el escritor Manuel Gálvez — responsable de Cooperativa Editorial de Buenos Aires—, y el volumen se convirtió de inmediato en un enorme éxito de público y de crítica, consolidando a Quiroga como el verdadero maestro del cuento latinoamericano.

Al año siguiente se estableció en un pequeño departamento de la calle Agüero, al tiempo que apareció su celebrado *Cuentos de la selva* —colección de relatos infantiles protagonizados por animales ambientados en la selva misionera—. Quiroga dedicó este libro a sus hijos, que lo acompañaron durante ese período de pobreza en el húmedo sótano de dos pequeñas habitaciones y cocina-comedor.

Con dos importantes ascensos en el escalafón consular —primero a Cónsul de Distrito de segunda clase y luego a Cónsul Adscrito— llegó también su nuevo libro de cuentos, *El salvaje* (1919). Al año siguiente, continuando con la idea del *Consistorio*, fundó la *Agrupación Anaconda*, un grupo de intelectuales de la época que realizaba actividades culturales en Argentina y Uruguay. Su única obra teatral, *Las sacrificadas*, se publicó en 1920 y se estrenó en 1921, año en que salía a la venta *Anaconda y otros cuentos*, otro libro de su autoría. El diario argentino La Nación comenzó también a publicar sus relatos, que a estas alturas gozaban ya de popularidad. Colaboró también en La Novela Semanal.

Entre 1922 y 1924, Quiroga participó como Secretario de una Embajada Cultural a Brasil —cuya Academia de Letras lo distinguió especialmente— y, de regreso, vio publicado su nuevo libro, *El desierto*.

Por mucho tiempo el escritor se dedicó a la crítica cinematográfica, teniendo a su cargo la sección correspondiente de las revistas Atlántida, El Hogar y La Nación. También escribió el guion para el largometraje *La jangada florida*, que jamás llegó a filmarse. Al tiempo, fue invitado a formar una Escuela de Cinematografía, proyecto que tampoco prosperó.

Durante la década del '20 Quiroga despliega un período de gran fecundidad. En los años que corren de 1920 a 1926 publica en revistas muchos de sus mejores cuentos; inicia una nueva faz de su narrativa con una serie de 27 artículos, "*De la vida de nuestros animales*"; reúne en tres tomos buena parte de su última producción literaria; es traducido al francés y al inglés; y en España, la importante editora Calpe publica una antología de sus relatos con el título de *La gallina degollada* (1925). Para celebrar públicamente esa múltiple consagración, su editor argentino, Samuel Glusberg, organiza en 1926 un gran homenaje al publicarse *Los desterrados*, su libro más personal y maduro.

El regreso de Quiroga a Buenos Aires significó, sobre todo, el retorno a una vida literaria intensa. No se trataba solo de una vida de creación, porque ésta la tuvo, y espléndida, en la soledad misionera. Sino una vida de comunicación intelectual, de camaradería, de peñas y cafés, de celebraciones. Se va esbozando poco a poco, a través del encuentro con otros escritores, esa imagen popular suya que será como su máscara permanente: el huraño que solo rompe el silencio para emitir un exabrupto o una definición lapidaria, el caprichoso discutidor que se enciende solo con el vino, pero que consume más bicarbonato que alcohol, y también el seductor que atrae a las mujeres con el magnetismo de sus profundos ojos verdes, su barba negrísima y su impenetrabilidad.

Regreso a Misiones

En 1925, Horacio regresó a Misiones. Nuevamente enamorado, esta vez de una joven de 17 años, Ana María Palacio. Quiroga intentó convencer a los padres para llevarla ir a vivir con él a la selva. La negativa de estos y el consiguiente fracaso amoroso inspiró el tema de su segunda novela, *Pasado amor*, publicada en 1929. Finalmente, cansados ya del pretendiente, los padres de la joven la llevaron lejos y Quiroga se vio obligado a renunciar a su amor. En una parte de su vivienda, Horacio instaló un taller donde siguió construyendo su embarcación *La Gaviota*. En su casa —ahora convertida en astillero— fue capaz de concluir esta obra y, puesta ya en el agua, la pilotó río abajo desde San Ignacio hasta Buenos Aires y realizó con ella numerosas expediciones fluviales.

Segundo matrimonio

A principios de 1926 Quiroga volvió a Buenos Aires y alquiló una quinta en el partido suburbano de Vicente López. En la cúspide misma de su popularidad, una importante editorial le dedicó un homenaje del que participaron figuras literarias como Arturo Capdevila, Baldomero Fernández Moreno, Benito Lynch, Juana de Ibarbourou, Armando Donoso y Luis Franco, entre otros. Amante de la música clásica, Quiroga asistía con frecuencia a los conciertos de la Asociación Wagneriana, afición que alternó con la lectura incansable de textos técnicos y manuales sobre mecánica, física y artes manuales. Para 1927 Horacio

había decidido criar y domesticar animales. Asimismo, ya había fijado los ojos en quien sería su último y definitivo amor: María Elena Bravo, compañera de escuela de su hija Eglé, que sucumbió a sus reclamos y se casó con él sin siquiera haber cumplido veinte años. En abril de 1928 nace una hija, bautizada como la madre, María Elena, apodada Pitoca por Quiroga.

Amistades

Además de los ya mencionados Leopoldo Lugones y José Enrique Rodó, la labor de Quiroga en el ámbito literario y cultural le granjeó la amistad y admiración de grandes e influyentes personalidades. Entre ellos se destacan la poeta argentina Alfonsina Storni y el escritor e historiador Ezequiel Martínez Estrada. Quiroga llamaba cariñosamente a este último “mi hermano menor”. Caras y Caretas, publicó diecisiete artículos biográficos escritos por Quiroga, dedicados a personajes como Robert Scott, Luis Pasteur, Robert Fulton, H. G. Wells, Thomas de Quincey y otros. En 1929 Quiroga experimentó su único fracaso de ventas: la ya citada novela *Pasado amor*, que solo vendió en las librerías la exigua cantidad de cuarenta ejemplares. A la vez que comenzó a tener graves problemas conyugales.

Último regreso a Misiones

A partir de 1932 Quiroga se radicó por última vez en Misiones, en el que sería su retiro definitivo, con su esposa y su tercera hija, María “Pitoca” Elena. Para ello, y no teniendo otros medios de vida, consiguió que se promulgase un decreto trasladando su cargo consular a una ciudad cercana. Sin embargo, un avatar político provocó un cambio de gobierno, que no quiso los servicios del escritor y lo expulsó del consulado. Algunos amigos de Horacio, como el escritor salteño Enrique Amorim, tramitaron la jubilación argentina para Quiroga. A partir de esto, el intercambio epistolar entre Quiroga y Amorim se hizo numeroso. Las cartas que se conservan demuestran que Horacio hacía partícipe a su confidente de la mayor parte de sus problemas —casi todos de índole íntima y familiar—, pidiéndole consejos y ayuda: a la mujer de Quiroga —al igual que su infortunada antecesora— no le gustaba la vida en el monte y las peleas y violentas discusiones se volvieron diarias y permanentes.

En esta época salió a la venta una colección de cuentos ya publicados titulada *Más allá* (1935). A partir de su interés en las obras de Munthe e Ibsen, Quiroga se decantó por nuevos autores y estilos, y comenzó a planear su autobiografía.

Enfermedad

En 1935 Quiroga comenzó a experimentar molestos síntomas, aparentemente vinculados con una prostatitis u otra enfermedad prostática. Las gestiones de sus amigos dieron frutos al año siguiente, concediéndosele una jubilación. Al intensificarse los dolores y dificultades para orinar, su esposa logró

convencerle de trasladarse a Posadas, ciudad en la cual los médicos le diagnosticaron hipertrofia de próstata. Pero los problemas familiares de Quiroga continuarían: su esposa e hija lo abandonaron definitivamente, dejándole —solo y enfermo— en la selva de Misiones. Ellas volvieron a Buenos Aires, y el ánimo del escritor decayó completamente ante esta grave pérdida. Cuando el estado de la enfermedad prostática hizo que no pudiese aguantar más, Horacio viajó a Buenos Aires para que los médicos trataran sus padecimientos. Internado en el prestigioso Hospital de Clínicas de Buenos Aires a principios de 1937, una cirugía exploratoria reveló que sufría de un caso avanzado de cáncer de próstata, intratable e inoperable. María Elena estuvo a su lado en los últimos momentos, así como gran parte de su numeroso grupo de amigos.

Por la tarde del 18 de febrero una junta de médicos explicó al literato la gravedad de su estado. Algo más tarde Quiroga pidió permiso para salir del hospital, lo que le fue concedido, y pudo así dar un largo paseo por la ciudad. Regresó al hospital a las 23:00. Al ser internado, se había enterado de que en los sótanos se encontraba encerrado un monstruo: un desventurado paciente con espantosas deformidades similares a las del tristemente célebre inglés Joseph Merrick, el "*Hombre Elefante*". Compadecido, Quiroga exigió y logró que el paciente —llamado Vicente Batistessa— fuera libertado de su encierro y se le alojara en la misma habitación donde estaba internado el escritor. Como era de esperar, Batistessa se hizo amigo y rindió adoración eterna y un gran agradecimiento al gran cuentista, por su gran gesto humano.

Suicidio

Desesperado por los sufrimientos presentes y por venir, y comprendiendo que su vida había acabado, Horacio Quiroga confió a Batistessa su decisión: se anticiparía al cáncer y abreviaría su dolor, a lo que el otro se comprometió a ayudarlo. Esa misma madrugada y en presencia de su amigo, Horacio Quiroga bebió un vaso de cianuro que lo mató en pocos minutos. Su cadáver fue velado en la Casa del Teatro de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) que lo contó como fundador y vicepresidente. Tiempo después, sus restos fueron repatriados a su país natal. Uno de los deseos de Quiroga era que cuando muriera su cuerpo fuera cremado y sus cenizas esparcidas en la selva misionera.

Como sus familiares y amigos añoraban su regreso a Salto, resolvieron buscar algo que fuera simbólico y por eso decidieron hacer la urna en algarrobo y así se lo pidieron al escultor ruso Stepán Erzia, quien trabajó durante veinticuatro horas en esta pieza que se encuentra en el Museo Casa Quiroga en Salto, Uruguay.

Sus tres hijos también se suicidaron. Eglé un año después, en 1938, Darío en 1952 y Pitoca en 1988.

Alfonsina Storni le dijo a un amigo que la compasión era indigna frente a un hombre como Quiroga, ante su muerte escribió:

*Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como siempre en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria ...
Allá dirán.
No se vive en la selva impunemente,
ni cara al Paraná.
Bien por tu mano firme, gran Horacio ...
Allá dirán.
“No hiere cada hora –queda escrito-,
nos mata la final.”
Unos minutos menos ... ¿quién te acusa?
Allá dirán.¹*

Horacio Quiroga y la Literatura

Horacio Quiroga es considerado el maestro del cuento latinoamericano. Su obra se ubica entre los epígonos del modernismo y los innovadores del relato contemporáneo. Independientemente de las innegables influencias que recibe de grandes maestros del cuento universal, encuentra un camino propio que le ha valido un lugar en las letras del continente americano. La popularidad de su obra se debe, fundamentalmente, a los cuentos de su primera etapa, en los cuales inaugura la tendencia conocida como nativismo o narrativa de la tierra. Más que escritor local o regionalista, su obra trasciende hasta adquirir un carácter universal por los valores humanos que encierra y se expresan con reconocida maestría literaria.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcan los aspectos más extraños de la naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. El imperio de los instintos, la soledad del hombre y la lucha contra los elementos del ambiente son temáticas que abundan en su obra, en la cual la mayoría de las veces el eje narrativo es la muerte. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección *Cuentos de amor de locura y de muerte*.

¹ Alfonsina Storni, 1936. Fuente:

https://www.cervantesvirtual.com/portales/alfonsina_storni/autora_apunte/

Quiroga de principios del siglo XX fue un autor prolífico, reconocido dentro de las corrientes naturalista y modernista. En su personal uso del lenguaje y la crudeza temática están las claves de estilo que han garantizado la perdurabilidad de su obra, pero, es en ciertos componentes literarios donde se cifra el valor innegable de su literatura: la brevedad, la existencia de un hecho único y un final sorpresivo. Fórmula perfecta, incontestable, clave del arte de escribir cuentos.

Otro detalle constitutivo de su narrativa es su carácter autobiográfico, vida y obra se entrelazan de manera significativa. Ejemplos de esto son: *Diario de viaje a París* (1900), *Historia de un amor turbio* (1908), la ya citada *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917) y *Cuentos de la selva* (1918). Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación del escritor con la muerte, los accidentes y la enfermedad se debe a la vida trágica que le tocó en suerte.

En *Historia de un amor turbio* y *Pasado amor* se evidencian las características autorreferenciales de su vida sentimental, muchachas muy jóvenes involucrándose con hombres maduros pueblan el drama de estas novelas, con especial hincapié en la oposición de sus padres, rechazo con el que Quiroga debió lidiar siempre.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, el autor evolucionó hacia el retrato realista —casi siempre angustioso y desesperado— de la salvaje naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Se percibe en Quiroga la influencia del británico Rudyard Kipling —*El libro de la selva*—, que cristalizaría en su propio *Cuentos de la selva*.

La morbosa obsesión de Quiroga por el tormento y la muerte es aceptada mucho más fácilmente por los personajes que por el lector: la técnica narrativa del autor presenta protagonistas acostumbrados al riesgo y al peligro, que juegan según reglas claras y específicas. Saben que no deben cometer errores porque la selva no perdona, y, al caer, lo hacen con algo de “espíritu deportivo” y suelen morir, dejando al lector ansioso y angustiado. La naturaleza es ciega pero justa; los ataques sobre el campesino o el pescador son simplemente lances de un juego espantoso en el que el hombre intenta arrancar a la naturaleza unos bienes o recursos (como intentó Quiroga en la vida real) que ella se niega en redondo a soltar; una lucha desigual que suele terminar con la derrota humana, la demencia, las muertes o, simplemente, con la desilusión.

Especialmente en sus relatos se puede entrever un costado social, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones

siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Los cuentos reflejan la dureza del medio, la crueldad, la explotación de los nativos, la injusticia hacia los humildes trabajadores, a quienes el autor profesa simpatía, ejemplos de esto son: *Un peón* (1924), *Los pescadores de vigas* (1917), *Los desterrados* (1926) o *Los fabricantes de carbón* (1921). El autor evidencia una actitud de denuncia social al revelar la degradación y el atropello de los nativos en textos como *Una bofetada* (1916) o *Los mensú* (1917).

Su *Decálogo del perfecto cuentista* (1927), dedicado a los escritores jóvenes, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y claridad en la expresión, en muchos de sus relatos utiliza un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso. No obstante, es coherente al proclamar en primer lugar “*Creer en un maestro – Poe, Maupassant, Kiplig, Chejov– como en Dios mismo*”², haciendo alusión a sus ya mencionados referentes de la literatura.

En el inciso III, destaca la originalidad por encima de la imitación, “*el desarrollo de la personalidad es una larga paciencia*”³, alega, siendo la singularidad una cualidad notable en su obra. Asimismo, es visible la pasión que le inspiraba escribir, “*ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón*”⁴, afirma en el inciso IV del decálogo.

Hipersensible y excitable, dado a amores imposibles, frustrado en sus empresas comerciales, pero aun así emocional y sumamente creativo, Quiroga abrevó en su propia vida trágica y en la naturaleza a la que estudió y padeció, con su férrea voluntad de trabajador y su sutil mirada de minucioso observador para construir una obra narrativa sustancial en la historia de la literatura latinoamericana.

Su narrativa suele dividirse en tres etapas:

- De 1900 a 1917:

Diario de viaje a París (Testimonio, Ed. Páginas de Espuma, Montevideo, 1900)

Los arrecifes de coral (Prosa y verso, El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1901)

El crimen del otro (Cuentos, Ed. Emilio Spinelli, Buenos Aires, 1904)

Los perseguidos (Relato, Ed. Arnaldo Moen y Hno., Buenos Aires, 1905)

² Fuente: <https://horacioquiroga.org/ensayos/decalogo-del-perfecto-cuentista/>

³ Ídem.

⁴ Ídem.

Historia de un amor turbio (Novela, Ed. Arnaldo Moen y Hno., Buenos Aires, 1908)

- De 1917 a 1924:

Cuentos de amor, de locura y de muerte (Soc. Coop. Editorial Ltda., Bs As., 1917)

Cuentos de la selva (Cuentos infantiles, Soc. Coop. Editorial Ltda., Bs. As., 1918)

El salvaje (Cuentos, Soc. Coop. Editorial Ltda., Buenos Aires, 1920)

Las sacrificadas (Cuentos escénicos, Soc. Coop. Editorial Ltda., Buenos Aires, 1920)

El hombre muerto (Cuento, Diario porteño La Nación, Buenos Aires, 1920)

Anaconda (Cuentos, Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, Buenos Aires, 1921)

- De 1924 a 1934:

El desierto (Cuentos, Ed. Babel, Buenos Aires, 1924)

La gallina degollada y otros cuentos (Antología, Ed. Calpe, España, 1925)

Los desterrados (Cuentos, Ed. Babel, Buenos Aires, 1926)

Pasado amor (Novela, Ed. Babel, Buenos Aires, 1929)

Suelo natal (Cuentos, Ed. Crespillo, Buenos Aires, 1931)

Más allá (Cuentos, Soc. Amigos del Libro Rioplatense, Bs. As./Montevideo, 1935)

Horacio Quiroga y el Ambiente

Para describir el vínculo entre la literatura de Horacio Quiroga y la naturaleza podemos remontarnos a su nacimiento, ya que su segundo nombre era Silvestre. Es así que, de un modo profético, llevaría signado su destino selvático desde el comienzo.

La vida en la selva le permitió a Quiroga tomarla como escenario para sus creaciones. A lo largo de su obra observamos el enfrentamiento entre los seres humanos y el ambiente. Los animales interactúan con el hombre en un estado de relaciones mutuas de conveniencia o de explotación. En la mayoría de los casos, este vínculo representa un conflicto y la naturaleza sale triunfante. En su obra ésta es justa, los ataques de los seres que pueblan la selva hacia los hombres son casi siempre una respuesta a las agresiones manifestadas de una

u otra forma; molestándolos o modificando su hábitat; así, un enjambre de abejas enfurecidas, un yacaré o una serpiente, o la propia crecida de un río son parte de una relación dialéctica y contradictoria entre los seres humanos y su entorno, sobre todo cuando las personas intentan destruir algunos recursos que el propio hábitat se niega a perder y que finalmente termina con la derrota humana.

En muchos de sus cuentos, en especial los que pertenecen al libro *Cuentos de la selva* (1918) y *Anaconda* (1921), es claro que el autor tenía serias dudas sobre la supremacía de los seres humanos sobre la naturaleza. Pensaba que los animales, al estar más cerca del entorno, comprendían de manera intuitiva la necesidad de preservarlo, para, de esta manera, asegurar su propia supervivencia. En algunos de sus personajes surge el deseo de irse a vivir a la selva, lo que en realidad revela una búsqueda del origen o la ruta que retornará al ser humano a lo primigenio y primordial. Es también un deseo de libertad, riesgo y libre albedrío.

Por ejemplo, en *La tortuga gigante* (1918), se narra la historia de un hombre enfermo, que por recomendación médica se va a vivir al campo para curarse. Vivía solo en el bosque y él mismo cocinaba lo que cazaba y dormía bajo los árboles. Un día se encuentra con una tortuga enferma y en lugar de comerla, se apiada de ella y decide curarla. Tiempo después el hombre enferma y la tortuga en reciprocidad decide llevarlo a Buenos Aires. Después de una inusitada travesía y con grandes esfuerzos, la tortuga llega a su destino y logra salvar al hombre, mientras que ella es rescatada y llevada al zoológico, donde el hombre la visita todas las tardes.

En muchos de sus cuentos, la naturaleza no es sólo una escenografía de fondo sino la protagonista, aquí la tortuga es un personaje tan importante como el hombre. Existe una relación armónica entre ambos. Quiroga da cuenta de la nobleza de los animales y plantea la posibilidad de una relación armoniosa con los humanos.

En otro ejemplo, el cuento "*La guerra de los Yacarés*" (1918) da cuenta de los saberes empíricos, aprendidos de los hombres y de los saberes instintivos o biogenéticos de los animales de la selva para mantener la armonía con su entorno, algo difícil de imaginar hoy en día, ya que la ambición desmedida del hombre está generando daños irreparables en el ambiente. En el cuento, Quiroga narra la historia de los cocodrilos que vivían en un río donde nunca había estado el hombre. Todos vivían muy tranquilos y felices hasta que descubren el paso de un buque de vapor que les causa sobresalto y la muerte de los peces, que eran su alimento. Tenían la certeza de que amenazaría su supervivencia. Decidieron hacer un dique para evitar que el buque siguiera pasando, y ante la insistencia de los humanos, los yacarés se organizaron y unidos lo derribaron. Una muestra de la victoria de los débiles unidos por una causa común y genuina.

En otro de los cuentos, *“Los cazadores de ratas”* (1908), Quiroga juega con valores propios de las personas practicados por animales. Una familia humana irrumpe en el hábitat de una familia de víboras. Esa acción depredadora por parte de los colonos le permite a Quiroga ensayar desde la mirada de la fábula lo que acontece también en la realidad social. Aquí, narra la historia de una pareja y su hijo que van a vivir a la selva e invaden bruscamente el hábitat de los animales salvajes, en este caso de dos víboras de cascabel. La presencia humana siempre será una amenaza para los animales, que busquen refugio antes de ser atacados o exterminados por el colono. Un tema viejo que exige que en la actualidad se tomen medidas para evitar el exterminio de especies.

El hombre influye en la modificación de la naturaleza y, al mismo tiempo, esta modificación afecta al hombre, propiciando cambios en sus condiciones de vida y en la relación con sus semejantes. Puede más la ambición destructiva basada en el progreso y la explotación irracional de los recursos naturales. Esta relación pervertida entre hombre y naturaleza está llevando al ser humano a situaciones de peligro inminente, como el cambio climático o la destrucción de flora y fauna, contraria a la relación armónica que se describe en los relatos. Quiroga juega con esta dicotomía, la trasciende y transgrede al ubicarla en su universo narrativo; una relación causal entre seres humanos y animales, no sólo desde el ámbito de la fábula, sino en las bases de una dialéctica milenaria que ha mantenido el orden terrestre de animales y plantas, fracturado por ambición en nombre de un desarrollo salvaje, inequitativo y perverso. Es inobjetable que Quiroga también reflexiona acerca de la pequeñez del hombre frente a la enigmática naturaleza que le imprime una sensación de vulnerabilidad, de desasosiego místico, de falta de fe en su especie y, desde luego, pone como prueba que en la otredad de la selva hay un otro yo que nos identifica, absuelve y redime. Es por esto que su legado artístico permite vislumbrar posibles modos de relación entre el hombre y el medio en el que habita más armónicas y respetuosas.

Horacio Quiroga y Misiones

*"Cuando saqué la primera foto entre las ruinas de San Ignacio, supe que aquella tierra me había atrapado para siempre, que me sería imposible regresar, porque era ese el lugar en el que quería vivir y contar lo que veía"*⁵, dijo el escritor Horacio Quiroga, cuando llegó a la selva misionera como fotógrafo, acompañando a Leopoldo Lugones en un relevamiento de las ruinas jesuíticas en 1903. Quiroga pisó la selva alterado por el asma y la dispepsia tenaz, pero Misiones fue un bálsamo, allí ambas desaparecieron. Poco después y fascinado

⁵ Fuente: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/horacio-quiroga-un-clasico-de-lo-inquietante>

por el paisaje de la selva, adquirió varias hectáreas cerca de San Ignacio y se estableció con su familia.

Gracias a Horacio Quiroga, San Ignacio, un pueblo de tan sólo cuatro mil habitantes, ingresó a la historia del país. Ni las famosas ruinas jesuíticas le dieron tanto renombre como este escritor que andaba en bermudas, jugaba picadas por el Paraná domando un motor fuera de borda, y rompía irrespetuosamente la siesta del pueblo con dos máquinas feroces: un Ford T negro y una Harley Davidson del '25. Un 19 de febrero de 1937, los misioneros al leer el diario, no pudieron creer que el Juez de Paz de San Ignacio; el carbonero y picapedrero; el productor de yerba; el fabricante de dulce de maní, maíz quebrado, mosaicos de bleck y arena ferruginosa; el inventor de un exótico aparato para matar hormigas; el hombre que obtuvo resina de incienso y tintura del lapacho, ese mismo era escritor.

Quiroga trabajó la tierra e impuso en un medio salvaje, la ley urbana de la producción. Todo lo hizo con sus manos y recuperó su pasión juvenil por la química, la misma que de madrugada despertaba a su familia con incendios y explosiones. El viejo anhelo de la mecánica, el ciclismo y su oculta vocación por la marina hallaron libre curso en su recoveco salvaje misionero.

Fabricando a fuego lento su carbón, fertilizando su meseta pedregosa destilando vino de naranja, clavando y desarmando cien veces la misma canoa, reparando durante cuatro años las goteras del techo de su casa, embalsamando aves, confeccionando sus zapatos, conversando con Anaconda, la víbora que criaba en su jardín, descubrió que escribir era lo mismo que domar los cuatro elementos: un oficio, no un raptó de inspiración.

Al publicar obras sin costearlas de su bolsillo y escribir artículos remunerados se transformó en un escritor accesible y popular. Era reconocido entre sus contemporáneos más no bien querido por sus vecinos, ya sólo se sentía a gusto con los trabajadores. Luego de un rato con ellos, Quiroga apuntaba frases en papelitos que guardaba en una lata de galletitas. Esa era la materia prima de sus futuros cuentos. Por eso, su obra registra la transformación económica de Misiones: de la selva a la plantación, y los protagonistas de esa gesta no son héroes convencionales sino "desterrados": jangaderos, cantereros, gente de vida dura. Cerca de su charca, en la Unión Obrera y Campesina, durante 1915, se gestaba la anarquía y la rebelión.

*"Iniciábase en aquellos días el movimiento obrero, en una región que no conserva del pasado jesuítico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo, y la inviolabilidad del patrón."*⁶

⁶ Fuente: <https://www.monografias.com/trabajos/horacioquiroga/horacioquiroga>

Así describió esos tiempos, época en que se juntaba a los mensú, trabajadores mensuales, en camiones que los trasladaban para ser explotados en obrajes y yerbales. Algunos nunca regresaban, los cadáveres de otros aparecían flotando en el Paraná. Quiroga mismo los veía. Todos los mensú adormecían sus resentimientos y amarguras con caña, y los pocos que volvían cada tanto al pueblo gastaban el resto del sueldo en las casas de juego y los prostíbulos del puerto.

La respuesta de Quiroga ante las injusticias sociales es tangible en su obra, donde aparecen peones explotados por patrones violentos y despiadados, que se rebelan y cobran venganza contra el opresor. Hay una parte emblemática del pensamiento quiroguiano en esta línea, de carácter social, por el tratamiento que le da a la injusticia en *Los mensú* (1917). Allí, Podeley, protagonista del cuento, enferma de fiebre y le solicita al mayordomo permiso para ir a curarse. El relato demuestra que la negación a un enfermo en el ámbito de los valores semif feudales que operaban en Misiones era común y despiadada.

En cuanto a sus negocios, Horacio Quiroga tuvo una plantación de yerba mate, *La Yabebirí*. Pese al entusiasmo y algunas ventas, no hizo ganancias. Con respecto a la fermentación de vino de naranjas, para 1930 ya se había dado cuenta que no sería un buen negocio, pero no se dio por vencido. Especuló con vender las naranjas de su plantación a 40 pesos el millar. Soñó y soñó todo el tiempo, pero sus productos nunca le dieron demasiado dinero. "*Yo soy agricultor, no comerciante*"⁷, decía.

La obsesión de Quiroga sobrepasó a San Ignacio. En 1928, ya con segunda esposa, vivió en una casaquinta de Vicente López que reproducía el ambiente de su bungalow misionero: a falta de maderas, armó y desarmó su viejo Ford, y para sentirse a gusto con la fauna, crió a un coatí, un oso hormiguero, un carpincho y un flamenco en el jardín. Sostenía correspondencia con Isidoro Escalera, el socio de algunas aventuras misioneras, y su casero. Intentaba vender yerba en Buenos Aires y naranjas en Garupá. Además, lo desvelaba las hormigas que acechaban entre sus plantas. "*Ya no puedo estar más sin Misiones*"⁸, bramaba.

Referencias bibliográficas

- Cuentos de amor, de locura y de muerte (Horacio Quiroga, Bs As., 1917)
- Cuentos de la selva (Horacio Quiroga, Bs. As., 1918)
- El salvaje (Horacio Quiroga, Buenos Aires, 1920)

⁷ Ídem.

⁸ Ídem.

- Fundación Horacio Quiroga
<https://horacioquiroga.org/ensayos/decalogo-del-perfecto-cuentista/>
- Fervor Cultura de Buenos Aires
<https://fervor.com.ar/horacio-quiroga-y-la-literatura-salvaje/>
- Horacio Quiroga Blogspot
<http://hquiroga.blogspot.com/2009/11/analisis-de-su-obra.html>
- Monografías
<https://www.monografias.com/trabajos/horacioquiroga/horacioquiroga>
- Genio y figura de Horacio Quiroga, Emir Rodríguez Monegal, 1967.
http://www.autoresdeluruguay.uy/biblioteca/emir_rodriguez_monegal/bibliografia/libros/Genio_y_figura_de_Horacio_Quiroga.pdf
- Horacio Quiroga el cuentista de América, M. Elena Infante Miranda, 2010.
<https://www.redalyc.org/pdf/5891/589165869003.pdf>
- El guardián literario. La naturaleza en Horacio Quiroga, Manuel Poch.
<https://manupochliterario.wordpress.com/2016/12/18/la-naturaleza-en-horacio-quiroga-transformacion-de-un-joven-decadente-por-manuel-poch/>
- Nuestra América: complejidad y unidad dialéctica de la humanidad y la naturaleza en el siglo XXI, varios autores.
<https://docplayer.es/78254165-N-u-e-s-t-r-a-am-e-r-i-c-a.html>
- Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Horacio Quiroga. Del banquete a la selva.
<https://www.bn.gov.ar/muestras-itinerantes/horacioquiroga>
- Wikipedia Horacio Quiroga
https://es.wikipedia.org/wiki/Horacio_Quiroga
- Biblioteca virtual Miguel de Cervantes
https://www.cervantesvirtual.com/portales/alfonsina_storni/autora_apunte/